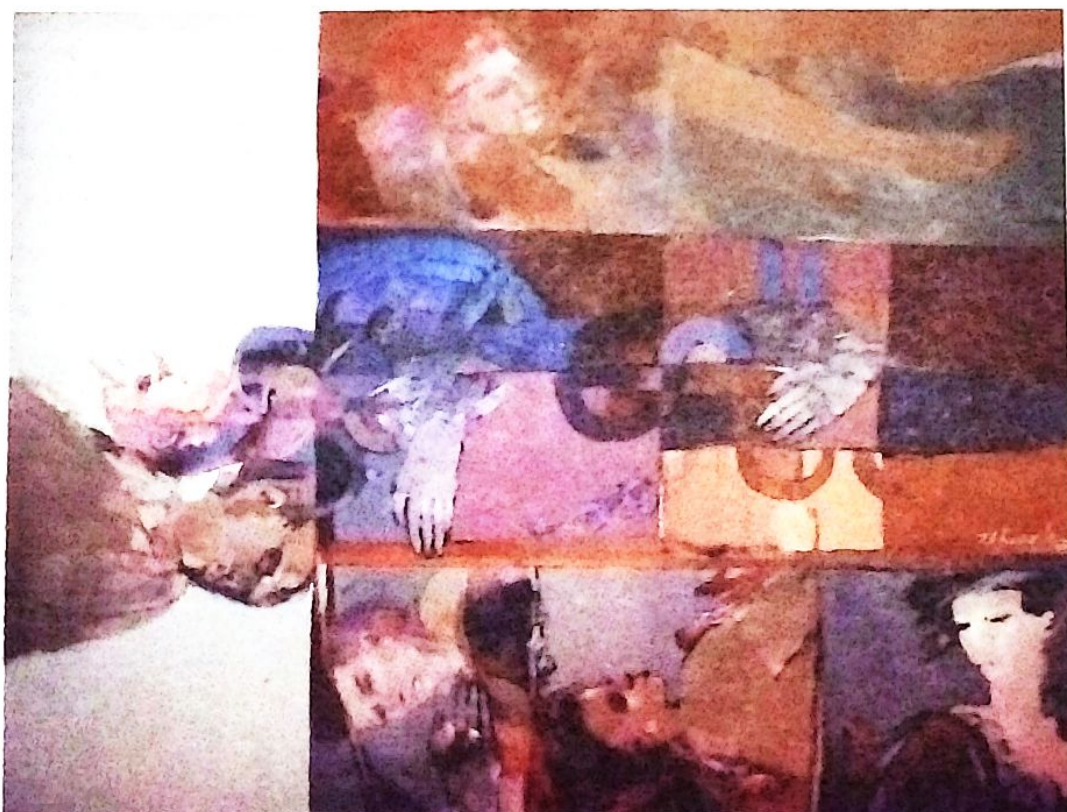


Se le aparece cada quincena



Jaime Sabines • Héctor Borda • Gabriel Peláez • Enrique Vidaurre • Mario Benedetti
• Jesús Urzagasti • Georgi Adamovich

LA PATRIA

SUB-DECANO DE LA PRENSA NACIONAL

suplemento orureño de cultura

año XVII n° 418 Oruro, domingo 24 de mayo de 2009





Réquiem para un k usillo
Erasmio Zarzuela Chambi

Mientras

Mientras yo no pueda respirar bajo el agua,
o volar
(pero de verdad volar, yo solo, con mis brazos),
tendrá que gustarme caminar sobre la tierra,
y ser hombre,
no pez ni ave.

Jaime Sabines en: *Diario semanal y poemas en prosa* (1961)

Las barrenderas

Surgen de pronto
como sombras ambiguas
escarbando en jardines
de ceniza y basura,
y en destiñido azul
a palabra enmudece
con desalada cal
de ternura y de pena.

En los hediondos charcos
de la noche
ya no pueden gritar,
ya no puede el insomne
tajamar de la muerte
rescatarse en la espiga
requemada de hielos
ni en la desenfrenada
ventisca de las calles.

Surgen de pronto
como perros furtivos
nadie les dice nada,
nadie les rescata
del rumor quebradizo
de las callejuelas
donde densos fantasmas
desperdician polvo.

Barren el empedrado.
Surcan sus costras
de cicatrices domeñadas
por el frío incoloro
con las rígidas
escobas de su miedo.
Nadie les dice nada,
nadie les muestra
un balcón con geranios
con siemprevivas,
con rosas preñadas de sol
y abejas turbulentas.

Unas torvas de cenizas
clausuradas
las señalan
en la grávida asunción
de las sirenas nocturnas.
Barren el empedrado
desde los orígenes de la noche.

Los gajos de la luna
se desbordan
más allá de las sombras
que ocultan los relumbres
de luces corrompidas,
ellas en tanto llegan
masticando en la noche
torpes cocaínas vírgenes
circundadas de un halo
de basura y ceniza.

No se asoman siquiera,
pasan apenas los hombres
a su lado
esquivando a los pájaros
nocturnos de la escoba
que en oscura bandada
se levantan
apuntando furiosas dentelladas.
En los hediondos charcos
de la noche
ya no pueden gritar
barren el empedrado
con los hijos al hombro
empaquetados de silencio y polvo,
que las miran, que las acarician
desde los pañales
profanados por el miedo.

Barren el empedrado
desde los orígenes del hambre.



Héctor Borda Laño. Oruro, 1927. Los versos están incluidos
en "Poemas Desbarrados" - 1997.



el duende
director: luis urquieta m.
consejo editor: alberto guerra g. (†)
benjamín chávez c.
erasmo zarzuela c.
adolfo CÁCERES r.
coordinación: julia garcía o.
diseño: david illanes
casilla 448 telfs. 5276816-5288500
elduende@zofro.com
elduendearuro@yahoo.com
lurquieta@zofro.com

el duende on line: www.zofro.com/elduende

Anecdotario Chuquisaqueño:

En el libro *Bohemia Sucreña, Pensamiento y Obra* de Luis Ríos Quiroga, se destaca un Capítulo dedicado a la *Academia de la Mala Lengua Chuquisaqueña* que agrupó a connotados intelectuales del medio, pero no sólo a ellos sino a hombres y mujeres dotados especialmente de mala lengua. Citado por Ríos Quiroga, frente a la divisa de la Academia Boliviana de la Lengua que era: *limpia, fija y da esplendor*, la de esta otra singular Academia era: *estimula y da escozor*.

Actividades como las que desempeñó aquella Academia, contribuyeron no sólo a mantener la picardía tradicional de Sucre, sino incluso a acrecentarla con otros dichos y hechos como también se afirma en la obra citada a "las auténticas letras de cuecas y bailecitos chuquisaqueños". Varias de estas melodías contienen textos picarescos que lamentablemente nunca lograron contar con la difusión que corresponde.

Y a propósito de la letra de tales melodías, dentro y fuera de la Academia, quisiéramos resaltar sólo algunos textos, porque hay además varios que resultan sencillamente impublicables.

Una de las producciones musicales que ha resalta-do ese detalle es el C.D. de Carlos López y Álvaro Rojas, titulado "36 bailecitos como antes".

En ese disco hay variados textos que pertenecen a Nicolás Ortiz Pacheco; recordamos algunos:

*Cada gallo canta
en su muladar,
este q'aragallo
en cualquier lugar,
cuidado gallito
que por cantador
mañana te coman
al primer hervor*

El bailecito intitulado "Por las calles de Arriba", del mismo disco, tiene este texto:

*Por las calles de arriba
corre que vuela
un diablo sin calzones
tras de mi suegra.*

*Mi alma desecha
hecha pedazos
¡Ay! Mi morena,
vente a mis brazos*

El conjunto Bonanza ha difundido otro C.D. bajo el título de *Tradiciones Chuquisaqueñas*, existe en el mismo una composición de José Lavandén y Claudio Peñaranda con letra también de Don Nicolás, que dice en su primera parte:

*Si fuera pulguita
por su piemecita
subiera, subiera
y estando allí arriba
de todo me convenciera.*

En una recopilación de Enrique Cuellar, resalta un bailecito titulado *La casa de mi suegra*, con este detalle:

*La casa de mi suegra
está rajada
quisiera que se calga
y la aplastara.*

*Vieja bandida
embustera
le había dicho a su hija
que no me quiera*

Continuando con el tema de la *Academia* en más pequeño y evidentemente sin pretensiones de llegar a ese

Las malas lenguas

nivel, funcionó hace muchos años un grupo de personas que por méritos propios recibió el nombre de *los malos, malitos y malazos*. Los bancos de la Plaza 25 de Mayo, frente al edificio de la Municipalidad, fueron su habitual sede.

Si usted estaba dirigiendo sus pasos hacia ese sector de la Plaza, le convenía cambiar de rumbo. Pero si por desgracia acababa pasando por allí, seguro terminaba *desvestido*. Los malos, malitos y malazos funcionaban realmente muy bien, en cuanto a eso de *sacar el cuero a la gente*.

Pero tampoco puede olvidarse a la llamada *Fraternidad Los 13*. De nuevo citando a Ríos Quiroga, destaca que aquellos se juntaban porque gustaban de la buena chicha, de la anécdota, el epigrama y de la música.

De ese libro pensamos que es bueno recoger algunos versos de mucha picardía que pintan de cuerpo entero a sus autores, pero sobre todo constituyen piezas de oro de esa lengua picante de la que hablábamos.

El poeta Ovidio Céspedes, con referencia a las novelas de Fernando Ortiz Sanz, *La Barricada* y *La Cruz del Sur*, decía:



*Al escritor don Fernando
visita de cuando en cuando
cierta dama diplomática.*

*Y entre alegre charla y plática
le dice el autor preclaro:
no pondré ningún reparo
si me das tu BARRICADA.*

*Y Ferdý con prontitud
le mostró SU CRUZ DEL SUR
y le hizo ver cuatro estrellas
de primera magnitud.*

El propio Fernando Ortiz, sigue la recopilación de Ríos Quiroga, obsequiaba con este texto a Don Fidel Torricos, uno de los más exquisitos intérpretes de la música nacional, no sólo de Sucre sino del país.

*Jugando a la bajomilla
con su prima Consuelito
se ocultó bajo el piano
el virtuoso Fidelito.
Mas su prima lo encontró
y le dijo muy bajito:
me escuece bajo el corpiño
a ver, tocá Fidelito...*

*Y Fidel como un Roncal
presa del mal de San Vito
se lanzó sobre las te... clas
y le tocó un bailecito.*

Pero don Fidel no fue sólo un virtuoso del piano, fue una persona dotada de gran sentido del humor y que difundió innumerables cuentos. Ahora uno se arrepiente de no haber llevado una grabadora a las muchas charlas que tuvimos el honor de compartir; pero al menos van estas muestras.

Don Fidel tenía una botica en la Plaza 25 de Mayo, y hasta allí acude una señora muy nerviosa que no alinaba a precisar su pedido. Al final dice: ¿Sabe Doctor? No sé cómo se llama eso que se necesita para la enema. Ah señora —dice don Fidel— usted debe estar refiriendo al *poto*.

Don Fidel deja la botica en manos de un pariente y sale a la calle. Se encuentra con un amigo quien le dice: Doctor, su botica (bragueta) está abierta, y él responde: —no importa, mi hermano la está cuidando.

Otro fue referido a la persona de Don Alberto Arce, propietario del fundo llamado *Las Delicias* que obviamente ahora ya fue absorbido por el crecimiento urbano de la ciudad de Sucre.

*Cuentan de Alberto que un día
en el gran bar de "Los Pinos"
cortejaba a la mesera
de los ojos asesinos.*

*La mesera enardecida
sin turbarse ni asustarse
dijo al amigo galeno:
quiero gozar doctor Arce.*

*Y el doctor todo cumplido
le propinó dos caricias
llamó a un taxi, lo pagó
y la mandó a "Las Delicias".*

Y a propósito de las *lenguas*, sigue siendo común que sobre todo en reuniones de periodistas y/o gente de mucho *cuello*, a la hora de pedir los platillos, si alguien pidió *lengua* de cualquier clase, los demás dirán que cada cual pide lo que le hace falta. En tales ocasiones, ni se ocurra *pedir huevos*.

Gabriel Peláez Gantier. Sucre, Abogado y Periodista.
Miembro de la Academia Nacional de Ciencias Jurídicas



Enrique Vidaurte

Antecedentes.

Era el 26 de mayo de 1881, primer aniversario de la acción heroica de nuestros soldados en el Alto de la Alianza. En Sucre, todo honor para los muertos, mientras los héroes que aún alentaban en este mundo, eran olvidados o vistos con desprecio y perecían de necesidad. A cada reclamo se les contestaba con simples ofertas de un próximo pago. Los pobres rabonas hacían verdaderos sacrificios para alimentar a los soldados. Los Colorados de Bolivia pidieron licencia para salir a implorar su sustento en la calle y se les negó ásperamente el permiso.

En la necesidad de hacerse pago por sus propias manos, los sargentos armaron sus compañías y asaltaron la caja del cuerpo. ¡No se encontró un solo centavo! La cólera subió de punto tanto que atropellaron la guardia y se lanzaron a la calle a conseguir por la fuerza lo que por la fuerza y sin razón se les negaba. Pedían pan y una copa de licor y se satisfacían con ello. ¡Pan, porque tenían hambre, y licor, porque querían festejar su propia gloria!

No obstante esto, se armó la columna de guarnición hasta los dientes y salió en la oscuridad de la noche a dar caza a ojo cerrado a los tan temidos Colorados. El jefe militar de aquella plaza, Coronel Cesáreo Alcérrec, envió un extraordinario a Potosí, pidiendo auxilio. El Comandante General, José Manuel Rendón, mandó inmediatamente al Batallón Ayacucho. Comenzó la batalla...

Un consejo de guerra se hizo cargo de su juzgamiento. La sentencia condenó a la pena de muerte a cinco sargentos, dos cabos y un soldado: Anselmo Jiraldés, Francisco Miranda, Francisco García, Jerónimo Sánchez, Francisco Calderón, Clemente Rojas, Benito Solís e Hipólito Miranda. El Presidente de la República, General Narciso Campero ordenó inexorablemente el consabido ¡Ejecútese!

En la mañana del 8 de agosto de 1881, se alinearon los reos a una voz de mando y se sentaron en el patíbulo que les cupo en suerte... Por fin sonó la descarga, uniforme, simultánea, de treinta y dos rifles. Del seno de la muchedumbre brotó un solo aullido en todos los tonos que repercutió con eco lúgubre en las montañas próximas.

Por otro rasgo de salvajismo se dispuso que los cadáveres queden insepultos y a la expectación pública durante aquel día, a imitación de lo que hacían en la edad media los señores de horca y cuchillo.

Justicia póstuma

Al declinar la tarde de aquel día funesto, fueron recogidos los cadáveres de los ocho Colorados por algunos seres humanitarios y trasladados al cementerio de San Bernardo.

En el campo de San Clemente, junto a la Casa de Pólvora, quedaron sólo los patibulos y las manchas de sangre que se conservaron por mucho tiempo. Esos patibulos políticos, que según la expresión elocuente de don Eduardo Subieta, son los monumentos eternos e inmovibles del

despotismo.

Una caritativa dama de Potosí, justamente querida y respetada por sus obras de filantropía, doña Dominga Campero v. de Castañares, hizo amortajar a sus expensas a los ocho fusilados con su criada Mercedes, la que, al cumplir tan caritativa obra, contrajo una grave dolencia a causa de los esfuerzos realizados en el manejo de los



cadáveres, que murió al poco tiempo.

Al entrar al cementerio, a mano derecha, se cavó una profunda fosa en la que fueron sepultados los ocho mártires de la ingratitud.

Algunos años más tarde, un grupo de jóvenes colocó sobre esa venerada tumba una modesta lápida, la que ha servido de guía para la exhumación de los restos.

Durante mucho tiempo se conservaron ocho cruces negras en el lugar de las ejecuciones y en cada una de ellas una inscripción en letras de oro, que enseñaba al visitante el nombre del que había ocupado ese banquillo.

Como un agravio a la victimación inícuca de los ocho Colorados, así como un homenaje de justicia al heroico comportamiento de esos valientes en el Alto de la Alianza, un distinguido grupo de señoras resolvió la erección de un mausoleo en el nuevo cementerio trasladando con tal motivo a aquel lugar los restos olvidados de esos héroes.

En el trigésimo noveno aniversario de la victimación de esos mártires, se abrió la fosa común en la que reposaron el sueño de la muerte.

Gentío inmenso acudió al acto.

Testigos presenciales constataron la autenticidad de los restos, los que cuidadosamente exhumados se encerraron en un ataúd.

La carroza fúnebre envuelta entre los anchos pliegues de nuestra hermosa tricolor, esperaba la colocación de los restos para su traslado al panteón Sucre; pero el cuerpo de veteranos y la juventud universitaria se impusieron el deber de conducir en hombros la preciosa carga.

Colorados de Bolivia ejecutados por pedir pan

(fragmentos)

En el momento de partir se abrió campo entre la apiñada multitud un anciano respetable, de modesta condición, luciendo en el pecho la escarapela tricolor concedida por una ley a los defensores de la patria, y al borde de aquella tumba, con los ojos húmedos y voz temblorosa, dijo lo siguiente:

Ya en la tarde de la vida vengo a cumplir con el sagrado deber de depositar una lágrima sobre los venerables restos de mis valientes camaradas, como último sobreviviente del Batallón Colorados al borde de esta tumba que ayer se abrió.

La justicia, por desgracia, en nuestra tierra es siempre póstuma, porque se reconocen los méritos de los individuos cuando ellos ya no existen. Por eso para ustedes, valientes camaradas, comienza la apoteosis a los cuarenta años de vuestro heroico comportamiento en los campos de batalla y sois objeto de honores y distinciones en vuestra tumba, cuando ya ningún beneficio podéis reportar de esa gratitud tardía.

En vida, al siguiente día de la batalla en que los Colorados supieron cumplir su deber como verdaderos patriotas, fuisteis olvidados, odiados o despreciados hasta el extremo de veros sin paga, sitiados por el hambre en uno de los cuarteles de la Capital de la República, y cuando con justo derecho reclamasteis lo que legítimamente se os debía, fuisteis tratados como criminales vulgares: apresados, engravados, sometidos a un juicio militar inquisitorial, trasladados a esta ciudad y fusilados en un día como hoy hace 39 años.

Pero aún así, a pesar de vuestro injusto y bárbaro martirio, fuisteis más dichosos que los que os hemos sobrevivido. La indiferencia pública nos rodea; todo género de ingratiitudes y decepciones venimos saboreando hace cuarenta años en premio a nuestro heroísmo en defensa de la patria. Sin pan y sin apoyo, vagamos por estas calles en el ocaso de nuestra existencia, implorando un mendrugo para calmar el hambre, y hasta una miserable e insignificante colocación se nos niega, a pesar de nuestra voluntad y aptitudes para seguir en servicio del país.

En mis horas crueles de íntimo y acerbo sufrimiento, tengo por único consuelo el recuerdo del valor heroico de vosotros, verdaderos leones del desierto. Con verdadero deleite reproduce la memoria en aquellos momentos nuestras confidencias íntimas en el vivac, y el recuerdo que dedicábamos junto al fogón del campamento, en víspera de la gran batalla, al querido y lejano hogar. El consuelo del alma en sus horas amargas de ruda prueba, en el recuerdo de las marchas triunfales, de los himnos guerreros que nuestra banda militar entonaba cuando con paso resuelto y firme avanzamos en el campo de la Alianza.

Y en esos momentos de evocaciones bélicas, de añoranzas íntimas, en confidencias con uno mismo, el patriotismo se exalta y entonces se renueva el juramento de morir antes que ver ultrajada nuestra patria. Como que en este caso solamente de gratitud popular de que sois objeto, aunque tardíamente, siento renacer mi alma juvenil, dentro de este cuerpo agobiado por los años, porque el alma no envejece nunca, y repito ante vuestros sagrados restos, sobre vuestra venerable tumba, la promesa de tomar las armas y acudir en defensa de la patria siempre que ella se halle en peligro y requiera el contingente de sangre de todos sus

La noche de los feos



A pocos días de la desaparición de Mario Benedetti (14 de septiembre de 1920 – 17 de mayo de 2009), sirva esta narración como homenaje a quien alcanzó sus páginas mejores en este género, como digno hijo del Uruguay, país que, como se sabe, dio cuentistas de la talla de Felisberto Hernández y Juan Carlos Onetti.



hijos.

Uno de los sargentos de los Colorados de Bolivia, que aún alienta en este mundo, os dice: Hasta luego, camaradas, hasta unirse nuevamente con vosotros en otra vida mejor.

Ese veterano decepcionado de la vida y amargado por la ingratitude de sus conciudadanos, era Nemesis Miranda, Sargento sobreviviente del histórico Batallón, a quien una feliz casualidad libró de ser victimado con sus camaradas en el Campo de San Clemente.

La comitiva se puso en marcha. A la cabeza del convoy la carroza fúnebre, tirada por cuatro mulas cubiertas con gualdrapas negras y guiada por un auriga de librea. A continuación iba en hombros el ataúd que contenía los preciosos restos de los defensores de la Patria. Seguían los veteranos del Pacífico con un estandarte rojo y negro y cada uno con su escarapela tricolor en el pecho. A continuación de ese venerable grupo que presidía el duelo, se encontraban las autoridades. Seguía el pueblo en masa ocupando algo más de tres cuadras.

Cerraban la marcha el Regimiento Sucre, tercero de infantería y la Columna de Celadores, cuya banda ejecutó en el trayecto marchas fúnebres.

Una vez colocados en el interior de la cripta, se aproximó el corneta del regimiento, puso rodilla en tierra, embocó el clarín y lanzó al aire el eco prolongado y triste del último adiós que los guerreros acostumbran a dar a sus camaradas al borde de la tumba.

El público de pie, con la cabeza descubierta, escuchó con el mayor recogimiento el toque de silencio.



Enrique Vidaurte Retamoso. General de amplia carrera militar. Diplomático e intelectual. Comandó durante la Guerra del Chaco al Regimiento "Colorados".

1
Ambos somos feos. Ni siquiera vulgarmente feos. Ella tiene un pómulos hundido. Desde los ocho años, cuando le hicieron la operación. Mi asquerosa marca junto a la boca viene de una quemadura feroz, ocurrida a comienzos de mi adolescencia.

Tampoco puede decirse que tengamos ojos tiernos, esa suerte de faros de justificación por los que a veces los horribles consiguen arrimarse a la belleza. No, de ningún modo. Tanto los de ella como los míos son ojos de resentimiento, que sólo reflejan la poca o ninguna resignación con que enfrentamos nuestro infortunio. Quizá eso nos haya unido. Tal vez unido no sea la palabra más apropiada. Me refiero al odio implacable que cada uno de nosotros siente por su propio rostro.

Nos conocimos a la entrada del cine, haciendo cola para ver en la pantalla a dos hermosos cualesquiera. Allí fue donde por primera vez nos examinamos sin simpatía pero con oscura solidaridad; allí fue donde registramos, ya desde la primera ojeada, nuestras respectivas soledades. En la cola todos estaban de a dos, pero además eran auténticas parejas: esposos, novios, amantes, abuelitos, vaya uno a saber. Todos —de la mano o del brazo— tenían a alguien. Sólo ella y yo teníamos las manos sueltas y crispadas.

Nos miramos las respectivas fealdades con detenimiento, con insolencia, sin curiosidad. Recorrí la hendidura de su pómulos con la garantía de desparramo que me otorgaba mi mejilla encogida. Ella no se sonrojó. Me gustó que fuera dura, que devolviera mi inspección con una ojeada minuciosa a la zona lisa, brillante, sin barba, de mi vieja quemadura.

Por fin entramos. Nos sentamos en filas distintas, pero contiguas. Ella no podía mirarme, pero yo, aun en la penumbra, podía distinguir su nuca de pelos rubios, su oreja fresca bien formada. Era la oreja de su lado normal.

Durante una hora y cuarenta minutos admiramos las respectivas bellezas del rudo héroe y la suave heroína. Por lo menos yo he sido siempre capaz de admirar lo lindo. Mi admiración la reservo para mi rostro y a veces para Dios. También para el rostro de otros feos, de otros espantajos. Quizá debería sentir piedad, pero no puedo. La verdad es que son algo así como espejos. A veces me pregunto qué suerte habría corrido el mito si Narciso hubiera tenido un pómulos hundido, o el ácido le hubiera quemado la mejilla, o le faltara media nariz, o tuviera una costura en la frente.

La esperé a la salida. Caminé unos metros junto a ella, y luego le hablé. Cuando se detuvo y me miró, tuve la impresión de que vacilaba. La invité a que charláramos un rato en un café o una confitería. De pronto aceptó.

La confitería estaba llena, pero en ese momento se desocupó una mesa. A medida que pasábamos entre la gente, quedaban a nuestras espaldas las señas, los gestos de asombro. Mis antenas están particularmente adiestradas para captar esa curiosidad enfermiza, ese inconsciente sadismo de los que tienen un rostro corriente, milagrosamente simétrico. Pero esta vez ni siquiera era necesaria mi adiestrada intuición, ya que mis oídos alcanzaban para registrar murmullos, tosecitas, falsas carrasperas. Un rostro horrible y aislado tiene evidentemente su interés; pero dos fealdades juntas constituyen en sí mismas un espectáculo mayor, poco menos que coordinado; algo que se debe mirar en compañía, junto a uno (o una) de esos bien parecidos con quienes merece compartirse el mundo.

Nos sentamos, pedimos dos helados, y ella tuvo coraje (eso también me gustó) para sacar del bolso su espejito y arreglarse el pelo. Su lindo pelo.

"¿Qué está pensando?", pregunté.

Ella guardó el espejo y sonrió. El pozo de la mejilla cambió de forma.

"Un lugar común", dijo. "Tal para cual".

Hablamos largamente. A la hora y media hubo que pedir dos cafés para justificar la prolongada permanencia. De pronto me

di cuenta de que tanto ella como yo estábamos hablando con una franqueza tan hiriente que amenazaba traspasar la sinceridad y convertirse en un casi equivalente de la hipocresía. Decidí tirarme a fondo.

"Usted se siente excluida del mundo, ¿verdad?" "Sí", dijo, todavía mirándome.

"Usted admira a los hermosos, a los normales. Usted quisiera tener un rostro tan equilibrado como esa muchachita que está a su derecha, a pesar de que usted es inteligente, y ella, a juzgar por su risa, irremisiblemente estúpida."

"Sí."

Por primera vez no pudo sostener mi mirada. "Yo también quisiera eso. Pero hay una posibilidad, ¿sabe?, de que usted y yo lleguemos a algo."

"¿Algo como qué?"

"Como querernos, caramba. O simplemente congeniar. Llámeme como quiera, pero hay una posibilidad." Ella frunció el ceño. No quería concebir esperanzas. "Prométame no tomarme como un chillado."

"Prometo."

"La posibilidad es meternos en la noche. En la noche integra. En lo oscuro total. ¿Me entiende?"

"No."

"¿Tiene que entenderme? Lo oscuro total. Donde usted no me vea, donde yo no la vea. Su cuerpo es lindo, ¿no lo sabía?"

Se sonrojó, y la hendidura de la mejilla se volvió súbitamente escarlata.

"Vivo solo, en un apartamento, y queda cerca."

Levantó la cabeza y ahora sí me miró preguntándome, averiguando sobre mí, tratando desesperadamente de llegar a un diagnóstico.

"Vamos", dijo.

2

No sólo apagué la luz sino que además corrí la doble cortina. A mi lado ella respiraba. Y no era una respiración afanosa. No quiso que la ayudara a desvestirse. Yo no veía nada, nada. Pero igual pude darme cuenta de que ahora estaba inmóvil, a la espera. Estiré cautelosamente una mano, hasta hallar su pecho. Mi tacto me transmitió una versión estimulante, poderosa. Así vi su vientre, su sexo. Sus manos también me vieron.

En ese instante comprendí que debía arrancarme (y arrancarla) de aquella mentira que yo mismo había fabricado. O intentado fabricar. Fue como un relámpago. No éramos eso. No éramos eso. Tuve que recurrir a todas mis reservas de coraje, pero lo hice. Mi mano ascendió lentamente hasta su rostro, encontró el surco de horror, y empecé una lenta, convincente y convencida caricia. En realidad mis dedos (al principio un poco temblorosos, luego progresivamente serenos) pasaron muchas veces sobre sus lágrimas.

Entonces, cuando yo menos lo esperaba, su mano también llegó a mi cara, y pasó y repasó el costurón y el pellejo liso, esa isla sin barba de mi marca siniestra.

Lloramos hasta el alba. Desgraciados, felices. Luego me levanté y descorrí la cortina doble.

Jorge Sanjinés. La Paz, 1936. Cineasta boliviano. Fragmento de su intervención en el Segundo Congreso Internacional Cultura y desarrollo celebrado en La Habana.



Jesús Urzagasti

Jesús Urzagasti. Gran Chaco - Tarija, 1940. Publicó los poemarios: Yerubla (1978), La colina que da al mar azul (1993), El árbol de la tribu (2004) y Frondas nocturnas (2008).



Dulce y lejano hogar

La casa donde yo nací se la llevó el viento
el día que salí a rodar el mundo.
Retorné del fondo de los años
condecorado por la estirpe
de los anacoretas ciegos
sin saber que me toparía
con mis amigos muertos
bajando de montañas
que jamás escalaron
 viniendo por caminos
de donde nunca volvieron.
Entre bromas me advirtieron
que a la entrada del pueblo
los vivos que nunca fallan
me confundirían sin trepidar
con un cuatrero diluto
y me colgarían de un árbol.
De modo que sin merodear
por su famoso mercado
me senté a la orilla del camino
a esperar un milagro.
Lo que pasa es que las penas
casi me hicieron lagrimear.
El estornón se me salió al borde
de un inédito precipicio
el corazón se me llenó de bejucos
y agujeros insondables
pero mi pelo es un préstamo azul
de los sagrados maleficios
mis ojos pardos una concesión
del antiguo animal en celo.
Supongo que algo debo decirles
a los que están en ayunas
sobre la suerte que corrieron
mis botas de arriero
hechas a todos los senderos
mis pulcras pertenencias
registradas en los árboles
y en las ganas de recordar
con los ojos abiertos
el jubiloso desorden
de otros tiempos.
Mi sombra es el efusivo cogollo
de una silenciosa profundidad.
Sólo a mí me consta que salí desnudo
del río más hondo que cruza la tierra.

¡Oh, caro destino!

Quisiera irme al lugar
donde no se siente pasar el viento.
Por eso estoy escribiendo una carta con el dedo
en la oscuridad de mi habitación.
Una bagatela para quien esperó en los recodos
del camino a que los demonios pasaran
a pie o a caballo.
Poca cosa para quien oyó hablar a los pájaros
de los huecos rotos y de las plumas perdidas
en la espesura del monte.
Después aparecí mirando el mar azul
pero llegó la noche a la colina
y quedé solo bajo las estrellas.
De improviso empecé a bucear
en ciudades sumergidas en sueños ajenos al tiempo
atraldo por la algarabía de sus habitantes de cera.
Mi cuerpo volvió a circular en la realidad
cuando un tipo dejó de llorar en el circo
y me persiguió con una linterna violeta.
Se sorprendió de no encontrarme en ninguna
parte. Me acuerdo bien porque fue la última vez
que me quedé parado oyendo pasar el viento.
A la larga cansa y entristece
el lenguaje evocador de las cosas.
Es mejor escribir una carta
con el dedo en la oscuridad
ahora que el viento juega con la arboleda del sur
y no se lo siente pasar.

Camino de sol en la oscuridad

La soñé con una galería cubierta de enredaderas
a contraluz del vuelo de la alondra en celo.
Descalza y con su aromoso pelo largo
contemplaba un rostro ajeno al suyo
en las verdes sombras del aljibe.
Una noche de luna desaparecieron
el rumoroso pallo del verano
y el estanque de la infancia.
Sólo quedó ella en la baranda de los días
dorada por el sol de un inolvidable enero.
Entre nosotros nunca hubo secretos
me dijo cuando le hablé de la luz de la llanura
encerrada en el baúl de los recuerdos.
Entonces sentí pasar el viento de la noche
entre los árboles de su cuerpo.

El amor con mi mujer

Le dije a mi mujer que conocí a una colega suya
de 27 años —doce menos que tú querida.
Me replicó que la llamó un admirador de 27
—Cuarenta menos que yo.
La temporada de los inciertos preludios había
pasado. Sobre la mesa brillaban uvas y duraznos
de los ubérrimos valles del sur.
Recuerdo que mi futura mujer entraba y salía
de cualquier aeropuerto del mundo. Llegaba y partía
con la aureola de su misteriosa autonomía. Siempre
abrumada por los horarios y encuentros imprevistos.
Hasta que algo previo al pan con mantequilla
nos cambió la vida.
Digamos que una flor azul al fondo del corredor
alteró la trayectoria establecida.
Ningún detalle faltaba para la sorpresa feliz.
Sucedió entonces que echamos a rodar toda
la noche en un tren fantasma.
Era hermoso mirar por la ventanilla
a los sonámbulos que paseaban bajo la luna.
Me acuerdo que nos bajamos al amanecer
en una estación llena de viento.
De modo que caminando
por tierras desconocidas
decidimos explorar
nuestro mar sin orillas
registrar los primeros ecos
de las entidades infinitas
dejar de parecernos
vivir felices
debajo de un árbol.

De Jesús Urzagasti ha dicho el prestigioso crítico Julio Ortega: "Su poesía es un ritual terrestre de materiales fluidos, en gestación, y refiere una visión cósmica e intensa". Se trata sin la menor duda, de uno de los grandes poetas del continente. La aparición, hace unos meses, de su poemario *Fronas nocturnas*, de donde provienen los poemas aquí reproducidos, constituye un acontecimiento para las letras bolivianas y, creemos que así será avaluado con el inexorable paso del tiempo.



El Perro Vagabundo

Difícil imaginar las historias que guarda el lugar predilecto de figuras como Ajmátova y Mandelstam. Georgi Adamovich, poeta acmeísta, ensayista y cronista, que vivió 50 años exiliado en Francia, donde murió (autor de un libro de ensayos excepcional "Soledad y libertad"), nos cuenta cómo transcurrían las noches en el bar Perro Vagabundo, símbolo del San Petersburgo del Siglo de Plata.

(Tercera y última parte)

Empecé a encontrarme con Ana Ajmátova con mucha frecuencia, precisamente en el Perro Vagabundo, que ella frecuentaba permanentemente. Este solanito en la plaza de Mijailovski, con pinturas de Sudeikin en las paredes, se volvió legendario gracias a numerosas anécdotas y recuerdos. Ajmátova le dedicó a ese lugar dos poemas: "Todos aquí estamos ebrios, perdidos", "Sí, yo amaba aquellos encuentros nocturnos". Los encuentros eran realmente nocturnos: llegábamos al Perro Vagabundo después del teatro, después de alguna velada o disputa, y nos marchábamos casi al amanecer. El dueño, Boris Pronin, echaba despiadadamente a quien su agudo oído delatara como "farmaceuta", es decir, gente que no tenía relación con la literatura y el arte. Por lo demás, todo dependía de su estado de ánimo: había casos en que un indudable "farmaceuta" recibía una alegre acogida, no se podía prever nada. El Perro Vagabundo era un lugar estrecho, sofocante, muy ruidoso, aunque no muy alegre: no, me sería muy difícil encontrar la palabra exacta para definir la atmósfera que reinaba en el lugar. No es casual, sin embargo, que ninguno de los que lo frecuentaba haya podido olvidar hasta la fecha ese solanito.

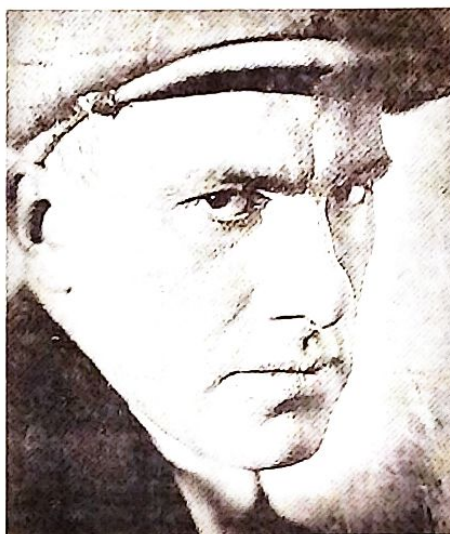
El Perro Vagabundo era frecuentado por visitantes extranjeros célebres. Marinetti, agudo, sonrosado, parecido hasta la risa a una "persona en un restaurante", al que sólo le faltaba una servilleta blanca bien acomodada en la mano: Paul Fort, por muchos años el "rey" de los poetas franceses, Verhaeren, Richard Strauss y muchos otros. Para Strauss, por insistente petición de Pronin, Artur Lurié, quien era considerado en nuestro círculo como una naciente estrella musical, tocó la gavota "Gliuka" en su arreglo modernista, después de lo cual Strauss se acercó al piano, le dirigió a Lurié unas cuantas palabras muy halagüeñas, pero se negó decididamente a tocar.

A este café llegaban todos los poetas de Petersburgo: simbolistas, acmeístas, futuristas, estos últimos todavía divididos en "cubofuturistas", con Maiakovski a la cabeza con su chamarra amarilla, y Jlébnikov, y los seguidores de Igor Sevirianin, a quienes se acostumbraba hacer a un lado y desdeñar con ligereza. Jlébnikov ya por entonces era todo un misterio. Se sentaba en silencio, inclinando la cabeza, sin advertir a nadie, hundido todo en cavilaciones lúricas y sueños. Su presencia irradiaba una cierta grandeza, tan incomprensible como indudable. Recuerdo una vez que Mandelstam, alegre y comunicativo por naturaleza, hablaba vivamente de algo, hablaba y, de pronto, mirando a su alrededor como si buscara a alguien, paró en seco y dijo:

—No, ¡yo no puedo hablar, cuando allá Jlébnikov hace silencio!

Y Jlébnikov incluso no se encontraba en las cercanías, sino contra la pared que dividía el sótano en dos secciones, la segunda medio en penumbras, sin estrado ni mesitas, cabe decir, "más íntima".

El que nunca se aparecía por el Perro Vagabundo era Blok, a pesar del vasto reconocimiento del que gozaba. A propósito, sería necesario desmentir otros rumores, que surgieron entre la emigración y que hasta ahora se mantienen con firmeza, de un cierto "romance" entre Blok y Ajmátova, algo así como una *amilié amoureuse* surgida entre ellos. Nunca hubo nada parecido: nadie en



Petersburgo escuchó hablar ni habló de esta atracción mutua. En qué se basan estos rumores, no lo sé. Probablemente, porque lisa y llanamente es una gran tentación imaginar semejante par de amantes como Blok y Ajmátova, aunque esto contradiga la realidad.

Anna Andreievna en el Perro Vagabundo siempre se le veía acompañada, pero ya no me parecía tan sonriente, como cuando la vi por primera vez. Podría ser que ella se contuviera al sentir que gente extraña la miraba con curiosidad y atención o podría ser que poco a poco algo comenzaba a cambiar en su carácter, en su espíritu en general. A ella se acercaban personas conocidas y poco conocidas, "medio cariñosa y medio perezosamente" rozaban sus manos, entre ellos Maiakovski, quien una vez, al tomar su fina y delgada mano entre sus grandes garras, sentenció en voz alta con burlona admiración: "¡Qué deditos, por Dios, qué deditos!". Ajmátova se frunció y le dio la espalda. Hubo incluso, quienes apenas habiéndola conocido, le declaraban su amor. Sobre uno de estos valientes, recuerdo que Anna Ajmátova dijo: "¡Lo extraño es que no mencionó las pirámides...! Por lo general, en casos parecidos, le dicen a una que ya antes nos habíamos encontrado en las pirámides en tiempos de Ramsés II, es increíble que no lo recuerde". Ajmátova tenía dos amigas cercanas, que eran también clientas frecuentes del Perro Vagabundo, la joven princesa Salomé Andronikova y Olga Afanasievna Glebova-Sudeikina,

"Olguita", bailarina y actriz, una de las raras actrices rusas que sabían leer versos.

Por otra parte, en el Primer Círculo de Poetas fui aceptado un poco antes de que se cerrara y sólo estuve en cinco o seis reuniones, no más. A la lectura de poemas seguía su discusión. Gumiliov ante esto exigía "propuestas subordinadas", como le gustaba expresarse, es decir, no exclamaciones ni afirmaciones gratuitas, ni que una cosa sea buena y otra mala, sino explicaciones que argumentaran por qué es buena o mala. El propio Gumiliov por lo general hablaba al comienzo, hablaba largamente, y su análisis era detallado y sin duda acertado casi siempre. Tenía un oído extraordinario para los versos, un oído excepcional para su tejido verbal, hasta tal punto —lo confieso— que por entonces me parecía más dotado para los versos ajenos que para los suyos propios. No parecía advertir, ni sentir cierta insipidez en la belleza decorativa de su obra con ecos levemente parnasianos. Anna Ajmátova hablaba poco y se reanimaba, en esencia, sólo cuando Mandelstam leía sus versos. Muchas veces reconoció que, en su opinión, ningún otro se podía comparar con Mandelstam, y una vez dijo incluso una frase, en la última reunión del Círculo, en casa de Sergéi Gorodietzki, que a mí me sorprendió:

—Mandelstam es, por supuesto, nuestro primer poeta...

¿Qué significaba eso de "nuestro"? ¿Acaso para ella Mandelstam estaba por encima de su querido Blok? No lo creo. La primacía majestuosa de Blok, aunque nos hubiéramos distanciado de su poética, la reconocíamos sin discusión, sin vacilaciones, sin reservas, y Ajmátova no era una excepción en ese sentido. Pero ante el influjo franco de alguna estrofa o línea de Mandelstam que, apenas escuchada, se derramaba como oro espeso y fundido, ella podía olvidarse de Blok.

Después de la revolución todo cambió en nuestra existencia. Es cierto que no fue de inmediato. Al comienzo parecía que la revolución política no se iba a reflejar en la vida privada, pero esta ilusión no duró mucho. A propósito, todo esto es algo lo suficientemente conocido y contarlo no tiene sentido. Ajmátova y Gumiliov se separaron, el Primer Círculo de Poetas dejó de existir, el Perro Vagabundo se cerró y en su lugar aunque sin reemplazarlo, surgió el "Ático de los Comerciantes" en casa de Dobulchin en el campo Marte, donde al principio llegaba Savinkov, gobernador militar de la capital, y después se aparecía Anatoli Lunacharsky, otra alta personalidad. Murió Blok, Gumiliov fue arrestado y fusilado. Los tiempos se volvieron difíciles oscuros, hambrientos. Mi familia, gracias a unos mágicos pasaportes lituanos, se fue al extranjero, y yo pasé casi dos años en Novorzhev...

Fin



LA MÁQUINA DEL TIEMPO

Literatura boliviana del periodo independentista

Escritores representativos de la independencia

En Verso

Juan Wallparrimachi: 1793-1814. Un aura de leyenda se levanta en torno a la figura de este *arawicu*. En sí, con Wallparrimachi se clausura un importante ciclo de la poesía en lengua quechua, dando origen a otro, de concepción romántica, al fragor de las luchas libertarias. Juan Wallparrimachi, el más sobresaliente de la poesía nativista boliviana, y deja, con su muerte en la batalla de las Carretas, luchando al lado de los esposos Padilla, el 7 de agosto de 1814, un aire de misterio y fantasía en torno a muchos pasajes de su vida; de ahí que, aparte de sus doce célebres poemas, lo que nos resta de él es más materia de novela que de realidad, como lo percibimos en la obra de Lindaura Anzoátegui de Campero, quien para su *Wallparrimachi* se inspiró en el estudio biográfico que le dedica Octavio Moscoso en sus *Apuntes Biográficos de los Próceres y Mártires de la Guerra de la Independencia del Alto Perú*. Los pocos datos que merecen fe los debemos a la acuciosidad de Samuel Velasco Flor, que en la ciudad de Potosí fue publicando una serie de biografías, a partir de 1871, en tres entregas que llevaban el título de *Vidas de Bolivianos Célebres*, y precisamente en la segunda entrega, al hablar del guerrillero Manuel Ascencio

Padilla, Velasco Flor realiza un esbozo biográfico de Juan Wallparrimachi, dando origen a algunos pasajes de leyenda, sin precisar sus fuentes: sin embargo, *Wallparrimachi*, poeta indígena, sale definitivamente del anonimato, más que por su heroísmo, por sus versos que permanecen como un inequívoco testimonio de su existencia. Esa existencia que, según Velasco Flor, había empezado el 24 de junio de 1793, para inmortalizarse en sus poemas, muchos de los cuales se han perdido. Entre los que nos quedan, encontramos algunos que tratan de sus desdichados amores con una joven de la aristocracia criolla.

Estos poemas, compuestos en versos pentasílabos y octosílabos, se caracterizan por la sencillez de su lenguaje en un ritmo cadencioso; sus temas reclaman a la amada perdida por los avatares de su destino. Es la temática que resalta en su *Kacharpari*, el más famoso de sus poemas, junto a *Mamay*, habiendo sido musicalizados ambos poemas en diversas oportunidades por distintos grupos folklóricos del área andina. El *Kacharpari* o *Despedida*, consta de 14 estrofas, distribuidas, en las versiones de Velasco Flor y Armando Méndez (1877), en tres cuartetos y once sextetos pentasílabos. La entonación doliente que emerge del tema, por la ausencia de la amada, la emparenta con *El Manchay Puitu*, como podemos ver en el siguiente fragmento:

Kacharpari

¿Cheqachu, urpi,
ripusaj ninki,
karu llajtaman
mana kutimuj?

¿Pitan saqenki
qanpa tupupi
sinchi llakiypi
asuykunáypaj?

Rinaykiñanta
qhawarichiway
ñauparisuspa
waqaynillaywan
ch'ajchumusqása
sarunaykita

Maypachan ñanpi
intin ruphawan
niwajtiykiñi
samayniykuna
phuyu tukuspa
llanthuysusunki.

Despedida

¿Cierto es, paloma mía
que te has de ir
a un país muy lejano
para no retomar?

¿A quién has de dejar
en tu nidal
y en mi tristeza a quién
he de acudir?

Enseñame el camino
que has de tomar,
Partiré antes que tú
y con mis lágrimas
he de regar la tierra
que has de pisar.

Y cuando sientas
que en el camino
te abraza el sol,
se volverá nube mi aliento
y la frescura de su sombra
te irá a prestar

(Traducido por Jesús Lara)

